

EL MONCADA: INICIO DE LA REVOLUCION CUBANA

por GERMAN SANCHEZ OTERO

☆ El siguiente texto corresponde a una conferencia dictada en el CEREN (Centro de Estudios de la Realidad Nacional) de la Universidad Católica de Chile.

EL asalto al cuartel Moncada representa el inicio de la Revolución en la década del cincuenta. Sin embargo, muchos reconocen esta verdad sólo después que triunfa el poder revolucionario en 1959. Antes fue calificado como una aventura romántica de un grupo de jóvenes pequeñoburgueses o un pústech aventurero o simplemente una provocación del imperialismo. El hecho incontrovertible del triunfo revolucionario implicó la revisión por unos y por otros del valor histórico del Moncada. Entonces se generalizó una tendencia eticista: se reconoce el hecho heroico y se cuestiona la validez de la estrategia como apertura del camino revolucionario. Así, el plan Moncada, el proyecto de cambios y la ideología de los asaltantes mantiene su problematicidad a pesar de que suele aceptarse su validez como gestación inicial de la Revolución. Sin embargo, muchos analistas prefieren evaluarla a partir del desembarco del "Granma", con lo cual desnaturalizan el proceso revolucionario en su conjunto.

Nosotros creemos que el análisis del Moncada debe formar parte de un estudio totalizador de la Revolución Cubana. Es cierto que la acción heroica de los combatientes de la Generación del Centenario inició la alternativa revolucionaria en Cuba y en América latina. Pero no fue sólo debido a su valor ético; hay que reconocer la trascendencia del Moncada en planos más amplios.

La conferencia de hoy pretende mostrar el acontecimiento del Moncada en el marco de sus dos significados principales: ruptura con las normas políticas vigentes en 1953 y como génesis de la fase revolucionaria de la década del cincuenta. Para demostrar estas afirma-



Fidel Castro, ya prisionero de las fuerzas batistianas después del fracasado ataque al Moncada, es mostrado a los periodistas.

ciones contrastaremos la ideología revolucionaria de los asaltantes, su plan de acción y su programa con el contexto político que analizamos en la conferencia anterior. Se atenderán las relaciones ideológicas de la Generación del Centenario con sus fuentes, y se discutirá su proyecto histórico desde una perspectiva clasista. La hipótesis que quisiéramos demostrar es la siguiente: el Moncada es un evento clave del proceso insurreccional cubano debido a que en él se encuentran los elementos —estrategia armada, ideología, ética revolucionaria— que se proyectan en la siguiente etapa de la insurrección y que explican las razones de su triunfo.

Cronológicamente partiremos de la coyuntura histórica signada por el golpe de estado de 1952; este acontecimiento lo entendemos no sólo por el acto del golpe militar, sino porque significó la expresión violenta de las contradicciones inherentes a la dominación imperialista en Cuba; por otra parte la dictadura militar sirve de escala para medir la actitud y la conducta de las diversas fuerzas políticas. Es necesario, por consiguiente, que veamos las reacciones de los partidos políticos y otros sectores de oposición ante el golpe y el gobierno militar.

LA OPOSICION

“Parecía que el Apóstol iba a morir en el año de su centenario, que su memoria se extinguiría para siempre, ¡tanta era la afrenta!”

Fidel Castro

El Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo) emitió su posición a través del “Manifiesto de la Ortodoxia”. En este documento los ortodoxos solicitan la nulidad de los actos y consecuencias del golpe militar y proponen como solución que se designara a un gobierno neutral que restableciera la Constitución de 1940 y luego convocara a elecciones democráticas. Envío mensajes a la ONU y a la OEA y presenté una denuncia ante el Tribunal de Garantías. De esta manera el PPC (O) usaba “Las únicas armas con que cuenta, las del civismo”.

Los ortodoxos fueron sorprendidos por el golpe militar: “Ante esa perspectiva democrática el PPC (O) estaba totalmente dedicado a la lucha civico-electoral, sin sospechar siquiera que una ambición desmedida de mando y provecho pudiera estar conspirando contra el orden, la paz, la Constitución y las leyes”. En el documento citado después de recomendar las fórmulas que solucionarían la crisis generada por la dictadura afirman lo siguiente: “de no accederse a esta solución, única que resulta compatible con los altos intereses de la nación, única que puede devolverle inmediatamente la paz y el orden público, el PPC (O) declara su más firme y resuelto propósito de combatir por todos los medios a su alcance (...). Combatir por todos los medios a su alcance; ésto dicen al final de una declaración. Fecha: marzo de 1952.

Días antes del primer aniversario de la muerte de Eduardo Chibás, el 10 de agosto de 1952, Roberto Agramonte, dirigente del Partido Ortodoxo declaró en una entrevista al Periódico “**Información**”: Y en ese caso ¿cuál será la actitud de su Partido? Seguire-

mos manteniendo una resistencia política y cívica a la situación.

Doctor, no se comprende bien eso de la “resistencia política y cívica”, ¿Ud. podría decirme el significado y alcance de esa frase?

El periodista concluye: “a esta última pregunta sucede un silencio acompañado de una leve sonrisa del Dr. Agramonte...”.

Seis días después se conmemoró el primer aniversario de la muerte de Chibás; entre los asistentes al cementerio circuló un periódico clandestino, “**El Acusador**”. El artículo editorial —recuento crítico del PPC (O)— denuncia a los que aspiran a ser los primeros en “los puestos de honor de las asambleas y los ejecutivos, los que recorrian municipios y hacían tendencias, los que en las grandes concentraciones reclamaban puestos en la tribuna, y ahora no recorren municipios, ni movilizan la calle, ni demandan los puestos de honor en la primera línea de combate”; porque “quien tenga un concepto tradicional de la política podrá sentirse pesimista ante este cuadro de verdades; para los que tengan, en cambio, fe ciega en las masas, para los que creen en la fuerza irreductible de las grandes ideas, no será motivo de aflojamiento y desaliento la indecisión de los líderes, porque esos vacíos son ocupados bien pronto por los hombres enteros que salen de las filas”. Y concluye “**El Acusador**”: “El momento es revolucionario y no político”.

El editorial lo firmaba Alejandro. Su nombre verdadero: Fidel Castro.

En el Partido Ortodoxo a raíz del golpe de estado se deslindaron dos tendencias: la pactista, que sostenía un frente amplio de oposición, y la independentista que mantenía el principio de la ortodoxia en el sentido de no aliarse a otro partido. Ninguna de estas tendencias superaba los marcos pseudodemocráticos que impuso Batista.

La reacción del PPC (O) ante el golpe militar fue el principio de una pérdida creciente de su prestigio en el pueblo. El movimiento populista ortodoxo empezó a agotarse antes de emprender la práctica de gobierno que hubiera sido, también, la prueba histórica de su ineficacia como alternativa desarrollada dadas las condiciones de la dominación capitalista en Cuba. En definitiva su impotencia como fuerza nacionalista burguesa se refleja en las posiciones que adopta ante el golpe militar y en el proceso de fragmentación del partido en el contexto de la nueva situación.

Las contradicciones de clase presentes en la Ortodoxia no sólo se deben a las confusiones propias de los sectores medios. Desde 1948, vísperas de las elecciones de ese año, Chibás denunció un fenómeno que, después, en los años siguientes, sería irreversible: “Estos millonarios del Partido del Pueblo, grandes terratenientes y abogados de poderosas compañías y trusts parece que no fueron sinceros al ingresar a la ortodoxia, sino que vinieron a ella en busca de senadurías”.

En efecto, debido a la naturaleza —burguesa— del PPC (O), diversos intereses capitalistas, al compás del prestigio popular que le insufló Chibás al movimiento ortodoxo, comprendieron que era factible usarlo como vehículo de sus intereses. El líder ortodoxo, con la fuerza de su personalidad, impidió que los elementos más reaccionarios controlaran

al partido; pero la fuerza de la otra realidad —lucha de clases— fue más importante: después de su muerte la Ortodoxia se convirtió en instrumento político de la derecha oportunista.

La descomposición del PPC (O) fue cada vez mayor; las diversas tendencias se diferenciaron casi siempre debido a las ambiciones personales de sus dirigentes o por las querellas bizantinas propias de la ideología pequeñoburguesa de algunos de sus conductores. Como afirmamos en nuestra conferencia anterior, la ausencia de una burguesía industrial emergente, fue la causa estructural que negó toda posibilidad histórica al triunfo de un movimiento populista en Cuba. El reto de la coyuntura que impuso el golpe militar desmoronó el prestigio popular alcanzado por la Ortodoxia.

El PCP —Partido Comunista— se pronunció contra el golpe en su órgano de prensa, definiéndolo como pro-imperialista. Expuso un programa de emergencia que se puede resumir en tres aspectos básicos: restituir la Constitución de 1940, convocar a elecciones libres antes de septiembre de 1952 y respetar las facultades del Congreso. Este programa debía alcanzarse mediante la constitución del frente único de masas.

La estrategia de luchar por un frente único de masas, con un programa de paz, democracia, bienestar, unidad obrera y honestidad administrativa, fue la meta principal que motivó a la acción del PCP en el periodo preparatorio de las elecciones frustradas. El "frente único" de los partidos de la oposición era según el PCP la etapa previa que debía cumplirse para después constituir un Frente Democrático Nacional, con objetivos "más profundos, permanentes y dilatados". En la carta que envió el PCP a los partidos que supuestamente debían formar el frente opositorista —PPC (O), PAU, Partido Nacional Cubano y Partido de la Cubanidad—, expresan lo siguiente: "Aunque ustedes defienden el capitalismo como sistema económico-social, mientras que nosotros creemos que éste debe ser eliminado y sustituido por el socialismo, hay un gran trecho histórico de lucha por la completa liberación nacional, por la plena independencia nacional de nuestro país, y un gran número de problemas inmediatos en los cuales podemos estar de acuerdo para hacer menos difícil y miserable, en lo inmediato, la situación del pueblo trabajador de la ciudad y del campo".

Los restantes partidos políticos tuvieron reacciones similares. De los tres partidos tradicionales que formaban parte del gobierno de Carlos Prio, uno —el Republicano— se afilió a Batista dos días después del golpe de estado y los otros —Partido Liberal y Partido Demócrata— se unieron al dictador antes del primer año.

El Partido Revolucionario Cubano también sufrió las consecuencias del golpe; algunos dirigentes guardaron un silencio cómplice, otros siguieron el ejemplo de Carlos Prio —el exilio— y un tercer grupo se desplazó a la colaboración directa con Batista.

El ex presidente Ramón Grau intentó resucitar en política, actuando con habilidad ante las nuevas circunstancias. Declaró inmediatamente que habría elecciones —rea-



Haydée Santa María y Meiba Hernández, las heroínas del asalto al cuartel Moncada, aparecen en la foto en visperas de su proceso.

firmando las promesas del dictador— y que él aceptaría la postulación como candidato a la presidencia.

Otra caja de resonancia fue la Universidad de La Habana. Los dirigentes de la FEU se presentaron en el palacio presidencial inmediatamente después del golpe militar; le comunicaron al presidente depuesto, Carlos Prio, la disposición de los estudiantes para recibir armas y enfrentar al poder militar. Por supuesto Prio, aunque se comprometió a enviar las armas necesarias, no cumplió su palabra.

No obstante las serias divisiones internas, la organización estudiantil logró emitir un documento en el que se ofrecía la "fórmula nacional" de la FEU para solucionar la crisis del país. El documento consta de siete puntos, pero su aspecto fundamental consistía en proponer un presidente provisional —elegido por la FEU "recogiendo el sentir nacional"— que ejercería sus funciones durante dieciocho meses y bajo el compromiso de respetar la propiedad privada, combatir "toda doctrina extranjerizante o imperialista", restituir la Constitución de 1940 y convocar a elecciones libres.

Es evidente que la solución que propone la dirección de la FEU padece de un grado de ingenuidad muy alto. Aunque la Universidad fue el ámbito en el que nacionalmente se expresó la rebeldía popular a través de asambleas, actos de calle, no obstante en este periodo que analizamos —hasta octubre de 1954, que cambia el sesgo bajo la dirección de José A. Echeverría—, la dirección de la FEU fue

incoherente y ambigua, reflejando el declive que sufrió esta organización estudiantil de amplio prestigio durante la década del treinta. Como veremos después, no es casual que el "Movimiento", organización que fundó Fidel Castro para viabilizar su plan insurreccional, se gestara con muy poca participación de los estudiantes universitarios y sin ningún vínculo con la dirección de la FEU.

Estas son las diversas fórmulas que las fuerzas de oposición elaboraron como respuestas alternativas al golpe de estado; el conjunto permite configurar el cuadro político posterior al 10 de marzo de 1952. En general es muy notorio el alto grado de similitudes entre los partidos y organizaciones analizadas; la inoperancia de todas estas fórmulas es quizás el rasgo que las hace similares. La crisis de los moldes constitucionales en que operaba la república después de la Constitución de 1940, fue llevada a sus extremos con la implantación de la dictadura militar. El descontento popular ante la incapacidad de los distintos dirigentes políticos acentuó la frustración acumulada por el pueblo durante los años anteriores.

"EL MOVIMIENTO": IDEOLOGIA Y ESTRATEGIA

"A un partido revolucionario debe corresponder una dirigencia revolucionaria joven y de origen popular que salve a Cuba".
"El Acusador" — Fidel Castro.

Al iniciarse la década del cincuenta, una nueva generación política cristalizaba su conciencia social. Antes de 1953 a esta generación se la denominaba, atendiendo a un criterio cronológico, Generación del Cincuentenario. Debido a que en 1953 se cumplían cien años del nacimiento de José Martí los jóvenes de tendencias más avanzadas se autonombraron Generación del Centenario, con lo que expresaban su identificación con la idea de reivindicar el programa social de José Martí.

No es este el lugar para discutir el rango de validez del concepto "generación". La historiografía cubana emplea este término —es indudable la influencia hispánica— con naturalidad al referirse a las tendencias revolucionarias que emergen en 1868, 1895, 1930 y 1950. Estamos conscientes de las imprecisiones que encierra el término "generación" —Ortega y Gasset es su artifice más ambiguo— cuando no se somete a una perspectiva de análisis clasista como pauta condicionante. Comprobamos, en efecto, que el conflicto de generaciones en el periodo de la post-guerra se potencia en Cuba al existir circunstancias políticas que le imprimen un valor revolucionario que, en todo caso, reflejan las contradicciones de clase de la sociedad cubana. No decimos que la Generación del Centenario sustituya a la clase históricamente convocada para la revolución, lo que queremos sostener es que la generación revolucionaria expresó, en la coyuntura de 1953, los contenidos revolucionarios inherentes a la clase obrera; o sea, la "conciencia generacional" la entendemos como un sustrato de motivaciones clasistas, aunque a sus actores les aparezca ideológicamente justifi-

cada por una dimensión ética al margen de una clase específica.

Los jóvenes que decidieron unirse al margen de la supuesta oposición, y adoptar una manera diferente para enfrentar a la dictadura, se identificaron entre sí a partir del objetivo común de cumplir los ideales políticos de José Martí, frustrados durante toda la historia de la república. Cuando Fidel Castro les dice a los combatientes del Moncada **"Tenemos que rescatar el prestigio de nuestra generación"**, está implicando una relación ética con las expresiones revolucionarias más sobresalientes de la historia cubana. Por suerte la mística revolucionaria de la Generación del Centenario se sustenta en una acumulación histórica concreta: desde la epopeya de la guerra de los diez años, —1868—, continuada en 1895 y luego en la práctica revolucionaria de los combatientes de las décadas veinte y treinta que simbolizan Julio A. Mella, Rubén M. Villena y Antonio Guiterras. Por eso no es casual la identificación ideológica de los jóvenes del Centenario con los signos de esa historia; no es una sublimación mística o una desviación nacionalista: se trata de una relación que les va a permitir emprender el inicio de un proceso revolucionario que en las condiciones de dominación capitalista debía complementarse con las tareas propias de ese status social.

La pregunta necesaria antes de continuar el análisis es la siguiente: ¿cómo se explica que los valores ideológicos dominantes en la conciencia social de la Generación del Centenario resulten sobre todo de la práctica y el pensamiento revolucionario cubano? Creemos que esta pregunta debe relacionarse con un asunto más general: la evolución del proceso revolucionario cubano y la asimilación de la ideología y la teoría marxistas. Quizás el tema revolución y marxismo tenga su campo más espinoso —realmente difícil— precisamente en este periodo inicial que sintetiza el asalto al cuartel Moncada; nosotros no vamos a ofrecer conclusiones o juicios cerrados, pues deben hacerse aún muchas investigaciones a partir de hipótesis diferentes; sólo la confrontación de estos resultados podrá facilitar una interpretación global de la Revolución Cubana en la década del cincuenta. No creemos que en relación a la génesis del proceso revolucionario se puedan dar opiniones unilaterales o una respuesta definitiva; en todo caso las valoraciones de ese momento del proceso revolucionario cubano estarán sujetas a los objetivos y a los intereses de cada investigación. En relación a ésto nos extenderemos más adelante.

Ahora puede ser útil enfatizar algunas de las razones por las cuales la ideología de los combatientes del año 1953 no es marxista. Esta verdad histórica —que aún sigue siendo insólita para muchos— se relaciona con otra pregunta, o sea, cómo se explica que la organización revolucionaria que asalta al cuartel Moncada, se funda y se desarrolla al margen de las instituciones comunistas del periodo, de su ideología y de su estrategia.

Cuando Haydée Santamaría expresa **"Al Moncada fuimos siendo martianos, hoy somos marxistas y no hemos dejado de ser martianos"**, reconoce un hecho que a primera vista parece contradictorio. A nuestro jui-

cio hay dos líneas de argumentos que permiten explicar por qué los moncadistas no pueden ser marxistas en el año 1953, y por qué, para emprender la vía revolucionaria, pueden, y deben, reconocerse en el pensamiento político de José Martí.

En primer lugar debemos retomar la valoración que hicimos en la conferencia dedicada al pensamiento político de José Martí. La idea que nos interesa recordar es la siguiente: José Martí es una fuente ideológica revolucionaria con vigencia en las condiciones históricas de la década del cincuenta debido a que su proyecto de transformaciones sociales no podía ser cumplido dadas las condiciones de la dominación capitalista en Cuba durante el siglo XX.

Cuando afirmamos que la ideología que permite la cohesión de la conciencia de los jóvenes revolucionarios de 1953, es sobre todo el pensamiento de José Martí, no queremos transplantar fuera de su contexto el conjunto de sus ideas; si hacemos ésto podemos tender a encerrar las proyecciones de esta vanguardia en gestación. Sin embargo, es muy notorio el grado de influencia real que tuvo José Martí en la mayoría de los asaltantes del Moncada. Una muestra de estas influencias se ejemplifica en la respuesta de Juan Almeida ante el tribunal que lo juzgó: **"Yo declaro bajo juramento que participé en el asalto al cuartel Moncada y que nadie me indujo... a no ser mis propias ideas, que coinciden con las del compañero Fidel y que en el caso mío provienen de la lectura de obras de Martí y de las historias de nuestros mambises y creo que en el caso de Fidel también"**.

Para los hombres del Moncada, Martí no era sólo el intelectual lúcido; es también el estratega político y militar, el genial organizador de la guerra de independencia que pensó para evitar el dominio imperialista sobre la isla. Es, en síntesis, el encuentro del proceso histórico que termina en el siglo XIX con el proceso histórico que se inicia en el siglo XX. El programa de transformaciones que pensó Martí para la república cubana, sus posiciones antimperialistas —que, por cierto, durante los años en que emerge la Generación del Centenario fueron divulgadas ampliamente por el historiador cubano Emilio Roy de Leuchsenring—, su identificación con los sectores explotados y su práctica revolucionaria individual sumaban una potencialidad que le permitió al grupo de los moncadistas la coherencia ideológica mínima para moverse en contra de las estructuras de dominación capitalistas. No es necesario declarar que Martí debía ser superado por la práctica revolucionaria; se trata de una verdad demasiado clara, pues la historia fue así: **"Nosotros ayer hubiéramos sido como ellos; ellos hoy habrían sido como nosotros"**. Este juicio de Fidel sintetiza la dialéctica histórica de vinculación y superación de los proyectos revolucionarios a partir de los condicionantes que impone la estructura dominante que se enfrenta.

También es necesario reconocer las influencias de la ideología de Eduardo Chibás sobre los jóvenes asaltantes del Moncada. Por cierto, hasta el presente no se han hecho estudios que determinen con más preci-



Los soldados batistianos, repuestos de la sorpresa, corren a tomar posiciones de combate en el Moncada.

sión la presencia de contenidos ideológicos de la Ortodoxia en los jóvenes del Centenario. Todo indica que a pesar de que los jóvenes que se autodenominan Generación del Centenario militaron (o militaban en 1953) en la Juventud o en el Partido Ortodoxo, sin embargo, la descomposición de esta tendencia política y especialmente su postura ante el golpe de estado produjo entre los jóvenes revolucionarios una reacción de rechazo que fue definitiva. No obstante, las influencias de la ideología y del programa político de Chibás continuaron siendo elementos importantes de los combatientes del Moncada y, en general, de los jóvenes del Centenario. Esta verdad se comprueba, por ejemplo, en la etapa de organización del Movimiento "26 de julio" —1954-1956— cuando Fidel Castro distingue el significado ideológico del chibasismo de la burocracia del Partido Ortodoxo.

La práctica revolucionaria de los moncadistas y la asunción de los presupuestos políticos de José Martí, los instala en una posición histórica que supera el marco nacionalista burgués del movimiento ortodoxo; la mejor prueba la constituye la estrategia que asumen —lucha armada— y el proyecto de cambios iniciales que conciben —**"La Historia me Absolverá"**—, que trasciende los programas populistas de las décadas anteriores.

Algunos investigadores de la Revolución Cubana se desvelan tras la búsqueda de una pista documental, que autorice a establecer los antecedentes ideológicos de la posterior definición socialista de la Revolución. Parece que el camino no consiste en encontrar

pistas ideológicas (militancia comunista de algún participante, estudios marxistas realizados, etc.); sólo el análisis totalizador del proceso revolucionario, en el marco de las circunstancias de dominación capitalista de la década del cincuenta en Cuba, permite definir la evolución ideológica de la Revolución. Este análisis debe tener presente que en las condiciones del siglo XX, ningún país dependiente que emprendía un proceso de transformaciones anticapitalistas, podrá continuarlo si no es sobre la base de asumir un proyecto socialista.

Si lo anterior es cierto, la pregunta inicial debía ser la siguiente: ¿hasta qué punto adoptar la ideología martiana permitía emprender y cumplir la primera etapa del proceso revolucionario? La segunda pregunta que debemos responder es si el pensamiento político de José Martí, teniendo presente las características de la historia de Cuba y la situación del movimiento comunista internacional, permitía el posterior encuentro de la vanguardia revolucionaria con la teoría científica de Carlos Marx. Esta idea se vincula con la afirmación de Haydée Santamaría en el sentido de que para los revolucionarios del Moncada no existe contradicción en el hecho de ser marxistas y continuar siendo martianos. De ahí surge la necesidad de vincular el estudio del Moncada con la historia cubana precedente y con las circunstancias de dominación imperialista desde fines del siglo pasado.

La segunda línea de argumentos que contribuye a explicar la ideología inicial de los asaltantes del Moncada debe referirse, como dijimos antes, a la situación del movimiento comunista internacional.

Los años que ocupan nuestra atención estaban signados por la guerra fría y el período inicial de reajuste de fuerzas entre los sistemas socialista y capitalista. El eje central de la nueva dinámica de la política internacional era la consolidación en Europa y Estados Unidos de una paz segura y duradera.

En América latina, durante estos años, se vivía el espejismo del desarrollo industrial sobre bases burguesas nacionales. A pesar de la revolución boliviana de 1952 y de los acontecimientos de Guatemala en 1954, en general durante estos años es ostensible la ausencia de valores revolucionarios en el continente. A este extremo contribuyó la estrategia del movimiento comunista internacional, que sostenía dogmáticamente las consignas de luchar por la paz y la democracia sin preguntarse sobre la eficacia de estos conceptos para los países dependientes que, en todo caso, debían identificar sus metas con la liberación de las estructuras imperialistas: **"Veintiún años sin guerra mundial, en estos tiempos de confrontaciones máximas, de choques violentos y cambios repentinos, parecen una cifra muy alta. Pero, sin analizar los resultados prácticos de esa paz por la que todos nos manifestamos dispuestos a luchar (la miseria, la degradación, la explotación cada vez mayor de enormes sectores del mundo) cabe preguntarse si ella es real". (Che Guevara, Mensaje a la Tricontinental).**

Las estrategias y normas políticas de los partidos comunistas en América latina se en-

marcan en esta realidad de la post-guerra, aunque no quisiéramos generalizar para todos los partidos comunistas latinoamericanos, creemos que las líneas generales de sus estrategias a partir de 1952 se enmarcan en las ideas siguientes: la apreciación de que una nueva guerra mundial produciría el colapso del imperialismo, la necesidad objetiva de sostener una coexistencia pacífica a escala global y la estrategia del Frente Único que, bajo la conducción de los partidos comunistas, sirviera de vehículo de unión de la clase obrera para cumplir la etapa democrática-burguesa como antesala del proceso socialista ulterior. Esta idea es muy clara en el discurso que pronunció José Stalin en la sesión de clausura del XIX Congreso del PCUS, en octubre de 1952: **"La bandera de la independencia nacional y de la soberanía nacional ha sido arrojada al mar, y no cabe duda de que esta bandera corresponderá a vosotros levantarla y llevarla adelante (...)"**.

Parece natural que para los jóvenes del Centenario, que se proponían enfrentar, con una estrategia expedita, a la dictadura militar, la ideología de los partidos comunistas no les pareciera como la respuesta adecuada a sus propósitos de lucha. Porque, adoptar la ideología de los partidos comunistas en ese período histórico significaba asumir a la vez sus objetivos de lucha y los métodos y estructuras de organización que les eran propios. No es necesario recordar uno de los presupuestos básicos de la teoría marxista: el condicionamiento social de toda ideología. El marxismo, en tanto que ideología, tampoco escapa a esta verdad; sus proyecciones también las condiciona la historia. Al iniciarse la década del cincuenta, la ideología comunista estaba muy permeada de las apreciaciones internacionales del stalinismo, que muchas veces no concordaban con las circunstancias concretas en que operaban los partidos comunistas.

¿Era posible que los jóvenes revolucionarios, en las condiciones de la historia cubana, encontraran un vehículo ideológico de comunicación con las masas con la validez del idealario martiano? Es cierto que sin ideología no puede haber movimiento revolucionario. La ideología política de José Martí es revolucionaria en la década del cincuenta porque su proyecto de liberación nacional está vigente y porque su visión antimperialista debía llevar, a quienes la asumieran, a enfrentar las estructuras de dominación capitalistas.

EL PLAN PARA EL CAMBIO: LA INSURRECCION ARMADA

El primer aspecto que destaca al Plan Moncada es la ruptura con las estructuras y normas políticas imperantes en el país hasta ese momento.

El asalto al cuartel Moncada significó la opción revolucionaria no sólo por el coraje asombroso de sus protagonistas, sino también porque enuncia un imperativo histórico que, en la década del cincuenta, se había declinado como una manera inadecuada de hacer política.

La acción armada que inicia Fidel con el plan de insurrección popular a partir de la

toma de dos cuarteles en las provincias de Oriente, retoma las tradiciones de nuestra historia revolucionaria desde 1868, y ejerce su validez no obstante existir formas de dominación capitalista que habían logrado la integración de las ideologías y prácticas de oposición a su sistema.

Analicemos a continuación el plan insurreccional puesto en práctica el día 26 de julio en la provincia de Oriente. En el discurso del 13 de octubre —“La Historia me Absolverá”— Fidel Castro explicó ante el tribunal que lo juzgó las ideas centrales de este Plan: “apoderarnos por sorpresa del control y de las armas, llamar al pueblo, reunir después a los militares e invitarlos a abandonar la odiosa bandera de la tiranía y abrazar la de la libertad”.

En resumen, el plan insurreccional de 1953 incluyó los siguientes aspectos, a saber:

1.— Aprovechando las condiciones estratégicas de la provincia y considerando la tradición de lucha se seleccionó a la provincia de Oriente: **“Quisimos que la revolución comenzara en Oriente, provincia que ha sido siempre la primera en la lucha por la libertad de Cuba. Nos proponíamos una nueva invasión partiendo desde los montes de la Sierra Maestra”.**

2.— Por medio de la acción armada los revolucionarios debían apoderarse, por sorpresa, de dos cuarteles importantes —el Moncada, segundo del país— y entregar las armas al pueblo de Santiago invitando a los soldados a unirse al movimiento insurgente. Con esto estarían bajo el control de los combatientes dos ciudades importantes de la provincia, lo cual implicaba poner en pie de guerra a Oriente y conmocionar al resto del país.

Debemos representarnos también el siguiente plano: un grupo que domina las ciudades de Santiago y Bayamo puede, cortando el río Cauto en Guamo, en Cauto Cristo y en Palmarito, cerrar las tres vías de acceso a los refuerzos del enemigo y constituirse en un frente de batalla que respalda la cordillera de la Sierra Maestra.

3.— Otros aspectos complementarios eran los siguientes: los puentes de las carreteras y las vías férreas serían destruidos, el aeropuerto y otras vías de acceso se controlarían de inmediato; a través de una estación de radio se lanzaría al aire la proclama que leyó Eduardo Chibás momentos antes de suicidarse y, a la vez, se comunicaría al pueblo un programa de medidas cuya ejecución se pondría en práctica de inmediato en el territorio bajo el control revolucionario. Este programa, de beneficio para obreros, campesinos y sectores medios, sería la motivación que debía desencadenar la acción popular.

4.— Debe destacarse la confianza que Fidel y sus compañeros depositaron en el descontento proveniente del estado político del país: “si el Moncada hubiera caído en nuestras manos; hasta las mujeres de Santiago de Cuba habrían empuñado las armas”. El análisis correcto de esa coyuntura les aseguraba vencer la condición primaria para el desarrollo de un proceso revolucionario, o sea, la participación organizada de las masas: **“A ese pueblo cuyos caminos de angustia están empedrados de engaños y falsas promesas no**

le íbamos a decir, te vamos a dar, sino: ¡Aquí tienes, lucha ahora con todas tus fuerzas para que sea tuya la libertad y la felicidad!”

Finalmente, el Plan del Moncada contemplaba una segunda opción en caso de que fracasara el asalto al regimiento: el repliegue y el inicio de la lucha armada en la Sierra Maestra.

Después de la experiencia del Moncada, el 26 de julio de 1953, muchos se han interrogado sobre la validez del plan insurreccional en aquellas circunstancias. Es obvio que la historia no es posible adivinarla; menos aún si uno de los segmentos queda trunco por factores estrictamente casuales como ocurrió cuando se puso en práctica la ejecución del Plan Moncada. En este sentido, Fidel Castro analizó críticamente en **“La Historia me Absolverá”** algunos hechos casuales adversos y un error táctico importante que incidieron decisivamente en el fracaso. Expone Fidel:

—**“La mitad del grueso de nuestras fuerzas y la mejor armada, por un error lamentable se extravió a la entrada de la ciudad y nos faltó en el momento decisivo...”**. “El grupo de reserva, que tenía casi todas las armas largas, pues las cortas iban a la vanguardia, tomó por una calle equivocada y se desvió por completo dentro de una ciudad que no conocían”.

—**“Considerando las causas del fracaso táctico, aparte del lamentable error mencionado, estimo que fue una falta nuestra dividir la unidad de comandos que habíamos entrenado cuidadosamente”.**

—**“El choque con la patrulla (totalmente casual, pues veinte segundos antes o veinte segundos después, no habría estado en ese punto), dio tiempo a que se movilizara el campamento, que de otro modo habría caído en nuestras manos sin disparar un tiro, pues ya la posta estaba en nuestro poder”.**

Resulta difícil discutir cuál hubiera sido el desarrollo ulterior del Plan Moncada si éste hubiera triunfado en su primera etapa. El 26 de julio de 1966, Fidel analizó las probabilidades de éxito que tenía el Moncada: **“Nosotros aun hoy, después de años en que experiencias en este tipo de cuestiones se fueron adquiriendo más y más, estamos seguros de que nuestro plan era bueno, y estamos seguros de que era posible tomar aquella fortaleza, que factores imponderables, que siempre se presentan en las guerras, produjeron un resultado adverso”.**

El autor del libro **Cuba, Nacionalismo y Comunismo**, Marcos Vinocour, discute las probabilidades de éxito que tenía el asalto al cuartel Moncada. Citaré sus criterios, pues tipifican una tendencia de muchos analistas de la Revolución Cubana que hacen una lectura teleológica de las formas en que decursa la Revolución.

“En efecto, el asalto al cuartel Moncada pueden formularse varias objeciones de táctica militar, y otras de índole política. En cuanto a estas últimas, son las siguientes: Una, que las condiciones subjetivas de las masas no estaban entonces maduras para dar la respuesta explosiva que a ésta se le demandaba. Otra, que la insurrección era jugada a una sola carta, la toma de la fortaleza santiaguera, sin cuyo logro todo se venía



RAUL CASTRO, Viceprimer Ministro y Ministro de las FF. AA. con oficiales chilenos en la visita de éstos a Cuba.

abajo. Una tercera, que, a pesar de estar ya teóricamente considerada, en la mente de los rebeldes no se organizó la prolongación de la lucha: meramente la retirada hacia las montañas en la emergencia del fracaso. Una cuarta: que la batalla debía ser comenzada del modo inverso: no por las ciudades sino por las sierras. Una quinta, las debilidades propias de un movimiento que, si bien funcionaba bajo una gran disciplina y hacía escuela de heroísmo, su contenido de clase, pequeño-burgués, la constituía en más proclive a la creación de un ala derecha y a la filtración de aventureros. Una sexta, que en fin, la revolución era concebida como un proceso, cuyas fases debían agotarse a lo largo de una correlativa agudización: condiciones objetivas y lucha”.

Vamos a intentar algunas respuestas a estas apreciaciones de Marcos Vinocour.

La madurez o no de las “condiciones subjetivas” —interiorizaciones en las masas de los juicios que conforman una ideología aprendida de maneras disímiles y que la cohesiona y las incita a la participación en el proceso revolucionario— fue un tema muy discutido después del triunfo “insólito” de la Revolución Cubana. Sólo el estudio sistemático de la experiencia armada cubana permite comprender el proceso de concientización que genera la acción revolucionaria dentro

de las pautas de esa estrategia y bajo determinadas condiciones socioeconómicas y de coyuntura política.

La revolución muchas veces, sobre todo al principio, tiene que jugarse a “una sola carta”. Esto no significa que la carta que se arriesga no se prepare suficientemente por los revolucionarios; pero a veces la espera del momento oportuno deriva en una pasividad tan peligrosa, que el poder burgués puede integrar los efectos de las tácticas concebidas en una lucha de términos parciales.

Es cierto que el Plan Moncada tiene un grado alto de probabilidades de no triunfar en su primera etapa; a los errores que señala Fidel en “*La Historia me Absolverá*” podría agregarse, después de la experiencia de los años siguientes, el hecho de que no existiera una base logística de apoyo mínimo a los asaltantes e, incluso, se careciera de una organización nacional que asegurara los canales de movilización popular. Todo esto lo afirmamos hoy día, cuando hacemos un juicio que, más allá de la objetividad —o sea, de lo que pudo ser en aquellas condiciones—, busca extraer las experiencias que pueden ser de utilidad a otros procesos revolucionarios en América latina. Como vemos, los objetivos serían diferentes en ambos casos.

Si el 2 de diciembre de 1956 los expedicionarios del “Granma” hubieran sido aniquilados después del primer encuentro con el enemigo —y había muchas probabilidades para que así fuera— algún analista podría decir, lamentándose: estaban equivocados en su concepción sobre el estallido inmediato de la insurrección; las masas no estaban preparadas suficientemente; faltaba la estructuración completa de una organización nacional; etcétera. Se trata de que tampoco el “Granma” representó una estrategia exenta de riesgos, a pesar de que contaba con la experiencia extraordinaria del Moncada y con una organización y un aparato clandestino de apoyo logístico que resultó clave en el asentamiento inicial de los guerrilleros en la Sierra Maestra.

Sin embargo, el Moncada tenía a su favor la sorpresa absoluta que fue practicado el Plan, y la debilidad del poder de la dictadura que era mayor en ese momento que en 1956, sin contar la ansiedad de las masas populares por encontrar alguna vía de enfrentamiento expedita a la situación que implicó el golpe militar.

Entiéndase bien que no tratamos de defender la validez universal del Plan Moncada; dijimos que los revolucionarios latinoamericanos deben hacer una lectura crítica no solo de ese momento de la Revolución Cubana sino del conjunto de la experiencia insurreccional. En este sentido Fidel Castro declaró en la conferencia de prensa que brindó en Chile lo siguiente: “Hoy no repetiríamos el ataque al Moncada, hoy no repetiríamos el desembarco del “Granma”, hoy con aquellos hombres que hicimos la primera acción habríamos estudiado la zona de la Sierra Maestra, nos habríamos dirigido hacia allí, habríamos tomado una pequeña unidad, habríamos ocupado sus armas y habríamos comenzado la lucha en esa forma, ahorrando el largo viaje del Moncada y el “Granma”.



Raul Castro Ruz:—Sancionado 13 años prisión Causa 37-953 Trib Urg Orte por los sucesos Ctel Moncada (Amnistiado)

Según Vinocour, la batalla debía haber comenzado por las sierras y no por las ciudades. Esta fue la experiencia del proceso revolucionario cubano después de 1956. Aunque el autor tiene un margen de razón, el sentido teleológico de su apreciación impide que aceptemos la generalización. Dadas las condiciones del año 1953 —impreparación y sorpresa del ejército regular, repudio del pueblo al dictador, etc.— ¿por qué no se hubiera podido iniciar la lucha en la ciudad, continuándola y desarrollándola simultáneamente en el campo y en la ciudad?

Finalmente carece de rigor histórico la afirmación de Vinocour en el sentido de identificar unilateralmente a los moncadistas con la ideología pequeñoburguesa. Por un lado, es discutible una definición cerrada de los atributos de la clase pequeñoburguesa, al margen de las circunstancias históricas concretas. El comportamiento de los sectores medios en un proceso de cambio social estará dado por la calidad de éste y por las diferencias que entre sí tienen estos sectores medios (no es lo mismo los pequeños propietarios agrarios que los pequeños comerciantes o los profesionales).

Una experiencia valiosa de la Revolución Cubana es la participación de grupos importantes procedentes de los sectores medios. Pero, como consecuencia de una apreciación esquemática, el autor de *Cuba, Nacionalismo y Comunismo* hace una conclusión absurda al

“acusar” a los moncadistas de ser representantes de la pequeñoburguesía. Un análisis que clasifique la extracción social de la mayoría de los asaltantes del Moncada llegará a una conclusión bastante diferente: “Sólo hombres del pueblo, de las filas más humildes del pueblo, sanos, desprovistos de ambición, podían sentir aquella posibilidad, podían sentir aquella fe, podía creer en que fuera posible llevar a cabo una lucha en condiciones tan difíciles” (Fidel Castro).

La creación de un ala derecha o la filtración de aventureros no tiene porqué ser la tendencia fatal de una vanguardia revolucionaria que exista —dadas circunstancias específicas— un alto número de componentes que pueden identificarse, por su origen social, dentro de los llamados “sectores medios”. Nos parece que es más exacto analizar las circunstancias históricas en que actúan los revolucionarios y medir, de acuerdo a sus actitudes reales ante esas circunstancias, las posibilidades de emerger como gestadores de la futura vanguardia del pueblo. Si revisamos la historia del movimiento obrero mundial y, especialmente, del movimiento obrero latinoamericano, comprobaremos que las desviaciones de derecha suceden también en la clase objetivamente revolucionaria por el hecho de que carece de direcciones con capacidad para conducirla hacia la revolución. Por consiguiente, lo que debe discutirse cuando evaluamos un proceso histórico no son los

atributos abstractos que corresponden a una u otra clase; el proyecto clasista de los trabajadores puede contar (y más de una vez ha sucedido esto en la historia contemporánea de los países subdesarrollados) con la adhesión y el vínculo orgánico de grupos provenientes de otros sectores sociales; en este caso la proletarianización sucede en el plano político e ideológico y la prueba de que es así estará dada por la capacidad de integrarse a la clase obrera en la lucha revolucionaria. El vicio de acusar de pequeñoburgueses a ciertas expresiones revolucionarias que se dan al margen de las instituciones que doctrinariamente se reconocen como vanguardias obreras, puede derivar en un sectarismo que en todo caso refleja la presencia de desviaciones no proletarias en el seno de esas instituciones.

Finalmente Vinocour afirma que la revolución en 1953 no era concebida por Fidel Castro y sus compañeros como un proceso.

¿Es que en el año 1953 la estrategia que conciben los moncadistas concluía con el éxito del ataque al cuartel? ¿O se sostiene que Fidel y la dirección del "Movimiento" desconocían que su acción representaba solamente la etapa inicial de la Revolución? Si estas preguntas expresan el sentido de la última apreciación de Marcos Vinocour, nuestra réplica es la siguiente:

En efecto, según se comprueba en los testimonios de los actores del Plan Moncada, éste fue concebido para que triunfara al término de un proceso revolucionario más o menos rápidamente; pero entiéndase bien, se trataba de un proceso: "Quisimos que la revolución comenzara en Oriente, provincia que ha sido siempre la primera en la lucha por la libertad de Cuba. Nos proponíamos una nueva invasión partiendo desde los montes de la Sierra Maestra". Esta afirmación corresponde a los propósitos que declaró Fidel en "La Historia me Absolverá". El Plan Moncada sería el punto de partida del proceso revolucionario, y como tal incluía los aspectos necesarios para iniciar dicho proceso: la organización de las masas sobre la base de un destacamento armado, la puesta en práctica de un programa y la resolución de continuar la lucha hasta derrocar al dictador y su aparato estatal. Cuando Fidel expresa que ellos pensaban después de tomar el cuartel Moncada, decirle al pueblo "aquí tienes, lucha ahora con todas tus fuerzas para que sea tuya la libertad y la felicidad", ratifica la idea de que la acción del Moncada era una brecha, una ruptura inicial que provocara el estallido revolucionario.

Es obvio que no puede sostenerse que los dirigentes del "Movimiento" habían previsto en 1953 el proceso insurreccional tal y como sucede después. Debe recordarse que, después de noviembre de 1956, el esquema insurreccional que concibió Fidel y la dirección del Movimiento "26 de Julio", sufrió modificaciones importantes —la idea de la inmediatez del triunfo, la relación entre la destrucción del aparato militar y el papel de la huelga general. Las experiencias acumuladas en la lucha motivaron que los dirigentes del Movimiento "26 de Julio" (a veces con mucha rapidez y en ocasiones después de serias polémicas) reafirmaran la estrategia armada ar-

ticulando una visión más coherente en relación a la necesidad de prolongar la guerra hasta destruir al ejército enemigo y por ende a las bases del estado capitalista.

LA HISTORIA ME ABSOLVERA: EL PROYECTO INICIAL DE LA REVOLUCION

Con la información que ya ustedes poseen no es difícil representarse las consecuencias políticas de la acción audaz y sorpresiva que significó el asalto al cuartel Moncada.

El gobierno militar actuó como siempre reacciona el estado capitalista cuando es enfrentado por su arma más temida, la acción armada que pone en peligro su estabilidad y su existencia. A partir de 1953, Batista comienza a probar que su poder sólo era factible a costa de la represión y la violencia generalizada.

Los jóvenes asaltantes del Moncada lograron con su acción lo que no había sucedido después del golpe de estado; en este sentido el Moncada fue la réplica más digna del pueblo cubano a la inercia que caracterizó a los partidos de oposición.

Batista reaccionó de manera brusca y torpe. Después de asesinar a mansalva a una parte apreciable de los revolucionarios sobrevivientes, inició una campaña destinada a distorsionar y disminuir los efectos que en la población implicó la acción heroica. Ordenó la censura absoluta durante tres meses y tomó medidas de precaución que impidieran nuevos enfrentamientos.

Los partidos tradicionales cesaron sus actividades conciliatorias y acusaron a los revolucionarios del Moncada de ser los verdaderos culpables de que en las nuevas circunstancias Batista declinara "la salida democrática" que ellos propugnaban desde que ocurrió el golpe de estado.

La ausencia de información evitó durante algunos meses que el misterio de los "sucesos de Oriente" fuera advertido por el pueblo en su verdadera dimensión. Poco a poco el fantasma revolucionario del Moncada recorrió con la virtud de su ejemplo a las amplias masas del pueblo; éstas comenzaron a percibir que el 26 de julio representaba la respuesta necesaria al golpe de estado. Sin embargo, a pesar de la repercusión ética, las acciones revolucionarias de Bayamo y Santiago de Cuba no aparecían con la claridad necesaria. El pueblo, convulsionado, se interrogaba "de qué se trataba".

El Moncada había anunciado el comienzo de una nueva etapa, la revolución. Fidel Castro desde la cárcel comprendió la necesidad de transmitir al pueblo el significado preciso de los "sucesos de Oriente". Con premura orientó a los compañeros que alcanzaron la libertad —Haydée Santamaría y Melba Hernández— sobre la necesidad de ganar "la segunda batalla", esta vez de índole ideológica. El pueblo debía conocer las razones del Moncada, los objetivos del grupo insurgente, o sea, era necesario divulgar el programa de la revolución que continuaba, dirigida por el naciente Movimiento "26 de Julio".

"La Historia me Absolverá" fue redactada desde la cárcel y concebida por su autor como uno de los elementos que integraban la nueva etapa del proceso revolucionario; su objetivo, en tanto que programa revolucionario

rio, era contribuir a que las masas se vincularan con las ideas y los propósitos del Movimiento "26 de Julio". La certeza de que el Programa cumpliría esta función estaba dada por el respaldo de la sangre de los combatientes caídos, ética indispensable para que fuera aceptado por los sectores a quienes estaba dirigido.

El Moncada, síntesis de la tradición revolucionaria cubana y punto de partida de la nueva etapa de la revolución, se expresa a través de su gestor principal, Fidel Castro, en un análisis en que el pensamiento y la acción se entrecruzan anunciando con vehemencia la presencia de la nueva vanguardia revolucionaria.

En este capítulo vamos a destacar algunos aspectos que interesan para la discusión de los orígenes del proceso revolucionario cubano.

El estudio a secas de "La Historia me Absolverá" presenta algunas dificultades. La más importante depende de la metodología o enfoque que se aplique.

Un error muy generalizado consiste en entender la evolución histórica desde los hechos finales que definen un ciclo; de esta manera los conceptos que resultan de un conjunto de acontecimientos posteriores, se usan fatalmente para identificar sus causas en los eventos que los antecedieron en el tiempo. En este caso las conclusiones que se derivan suelen ser exactas y lineales. Esta tendencia sostiene sus presupuestos de análisis en el objetivismo que confiere a las causas económicas una determinación absoluta de los hechos políticos. Así, por ejemplo, la Revolución Cubana pudiera ser explicada por la descomposición del sistema económico dependiente de Estados Unidos.

Esta tendencia —ya antes la calificamos de teleológica— construye la historia por una cadena de relaciones causa-efecto que avanza de manera sucesiva hasta comprobar el esquema preestablecido. A pesar de las "virtudes" didácticas, pensamos que este método no facilita la comprensión de los diferentes riesgos que debe confrontar una revolución hasta su cristalización; el rol de los hombres que actúan en la historia a través de las estrategias y tácticas políticas, aplicadas con mayor o menor eficacia, se minimiza por los condicionamientos estructurales.

A nuestro juicio, el análisis de "La Historia me Absolverá" debe evitar la tentación de querer encontrar elementos ideológicos aislados que anticipen la naturaleza socialista de la Revolución Cubana. Como dijimos antes, nos parece más apropiado evaluar en su totalidad las circunstancias histórico-concretas en que se hallaban las clases sociales cuando emerge el grupo de revolucionarios de la Generación del Centenario. Sólo después de haber conocido la situación específica del movimiento obrero y campesino cubano y los demás sectores sociales, se puede explicar por qué la vanguardia inicial de la revolución se constituye de manera tan singular.

Es cierto —y lo intentamos hacer ver en nuestra conferencia anterior— que las contradicciones específicas que generó en Cuba el sistema de dominación imperialista, condiciona la práctica revolucionaria en el sentido de que el cumplimiento de un programa como "La Historia me Absolverá", y aun al margen

de la conciencia de sus actores, apunta a la ruptura de las relaciones capitalistas de producción y, por ende, al sistema en su totalidad. Pero esta certeza sólo es válida en la misma medida en que se reconozca el grado de responsabilidad que corresponde a quienes lograron implementar una estrategia capaz de permitir el cumplimiento de ese programa. Y tampoco podemos olvidar el nutriente histórico —pensamiento revolucionario cubano y tradiciones de lucha popular— que anteceden y motivan a los revolucionarios de la década del cincuenta.

Debemos formularnos una pregunta: ¿Cuál es la utilidad de estudiar el programa inicial de la revolución para la comprensión del conjunto del proceso revolucionario cubano? Es posible, de acuerdo con los propósitos de cada estudio, hallar justificaciones diferentes. Nosotros anotamos por el momento las siguientes razones: "La Historia me Absolverá" es el testimonio más completo del pensamiento en evolución de los revolucionarios de la Generación del Centenario. Se trata del documento que junto a la acción del Moncada permitió que se consolidara la ideología que sirvió de pauta para la integración de la vanguardia que se expresa a partir del año 1956.

Es importante que informemos que en el mismo período en el que se organizó el "Movimiento", otros jóvenes participaban activamente en la lucha contra la tiranía; por ejemplo, el Movimiento Nacional Revolucionario (MNR) —que intentó un alzamiento armado a partir del vínculo que tenía su dirigente, Rafael García Bárceñas, con las Fuerzas Armadas— unió a decenas de militantes con disposición para actuar revolucionariamente. Esta organización, y otros grupos (casi siempre militantes ortodoxos) después del Moncada y gracias a su ejemplo y a la política unitaria y consecuente de sus conductores, comenzaron a adherirse al Movimiento "26 de Julio". El programa revolucionario en este caso fue la base ideológica y la alternativa de cambio en la que coincidieron quienes se disponían a la acción contra el gobierno militar.

Aunque limitaré el análisis de "La Historia me Absolverá" entendido únicamente como programa inicial de la Revolución, es necesario reconocer que su valor es más amplio: análisis minucioso de la realidad cubana pre-revolucionaria; vehículo ideológico de movilización popular y de unificación de la vanguardia en gestación; denuncia consecuente de la tiranía que trasciende las otras formas de denuncias, porque es un alegato de auto-defensa que se hace ante un centenar de militares armados.

Dos aspectos debemos tener presente antes de iniciar la evaluación del documento.

—El nivel de penetración de los ideales y objetivos programáticos de las tendencias políticas que se expresan en la República, desde 1935 hasta los años que ahora estudiamos. También deben considerarse las limitaciones que impone la ideología dominante, en la que el factor anticomunismo, que se entroniza con mucha eficiencia en el período de la guerra fría, desempeña una función que oscurece en las masas los objetivos del cambio social.

—El documento refleja un pensamiento

calculado siempre en función de la nueva etapa de lucha; en este sentido el autor concibe a "La Historia me Absolverá" como el primer arma que debía forjar para emprender el combate futuro.

A continuación reproduzco las leyes principales enunciadas en el documento:

1. "La primera ley revolucionaria devolvía al pueblo la soberanía y proclamaba la Constitución de 1940 como la verdadera ley suprema del Estado, en tanto el pueblo decidiese modificarla o cambiarla".

"...el movimiento revolucionario como encarnación momentánea de esa soberanía, única fuente de poder legítimo, asumía todas las facultades que le son inherentes a ella, excepto la de modificar la propia Constitución: facultad de legislar, facultad de ejecutar y facultad de juzgar". "Un gobierno aclamado por la masa de combatientes, recibiría todas las atribuciones necesarias para proceder a la implantación efectiva de la voluntad popular y de la verdadera justicia".

2. "La segunda ley revolucionaria concedía la propiedad inembargable e intransferible de la tierra a todos los colonos, arrendatarios, aparceros y precaristas que ocupasen parcelas de cinco o menos caballerías de tierra".

3. "La tercera ley revolucionaria otorgaba a los obreros el derecho de participar del treinta por ciento de las utilidades en todas las grandes empresas industriales, mercantiles y mineras, incluyendo centrales azucareros. Se exceptuaban las empresas meramente agrícolas en consideración a otras leyes de orden agrario que debían implantarse".

4. "La cuarta ley revolucionaria concedía a todos los colonos el derecho a participar del cincuenta y cinco por ciento del rendimiento de la caña y cuota mínima de cuarenta mil arrobas a todos los pequeños colonos que llevasen tres o más años de establecidos".

5. "La quinta ley revolucionaria ordenaba la confiscación de todos los bienes a todos los malversadores de todos los gobiernos y a sus causahabientes y herederos en cuanto a bienes percibidos por testamento o abintestato de procedencia mal habida (...)"

"Estas leyes serían proclamadas en el acto y a ellas seguirían, una vez terminada la contienda y previo estudio minucioso de su contenido y alcance, otra serie de leyes y medidas también fundamentales con la Reforma Agraria, la Reforma Integral de la Enseñanza y la nacionalización del trust eléctrico y el trust telefónico (...)"

El primer aspecto que se desprende de una evaluación que contraste el contenido de estas leyes con las estructuras de dominación existentes en la década del cincuenta, es que su puesta en práctica debía suscitar la quiebra de algunas de las relaciones de propiedad capitalistas. En este sentido la consecuencia muy posible era el inicio de un proceso revolucionario de tendencias anticapitalistas. Esto no significa que inevitablemente debía ocurrir así; sólo existía una alta probabilidad de que la puesta en práctica del programa iniciara una revolución anticapitalista (y, por ende, socialista). El factor que determinaría que esto último ocurriera no era sólo el programa (porque también es cierto que conducido por una burguesía industrial emergente, hubiera sido desvirtuado desde esa perspectiva clasista), sino también la es-

trategia revolucionaria y la convicción de la vanguardia armada de transformar radicalmente las relaciones sociales causantes de la crisis de la sociedad cubana.

Una segunda consideración de interés para los revolucionarios latinoamericanos, está dada en la forma en que se presentan estas leyes; el contenido y el lenguaje en que se expresan se identifican con los valores de la realidad social que pueden percibir las masas. Esto es, las necesidades y metas que logran captar los sectores a los que van dirigidos las leyes, se transmiten a ese nivel, pero a la vez existen elementos que posibilitan la apertura de cambios más sustanciales.

Al hacer un análisis particular de cada una de las leyes, es imprescindible no perder de vista que lo importante es la medición del alcance conjunto. Por otra parte no debe olvidarse que estas leyes fueron concebidas con la intención de ponerse en práctica inmediatamente, y de esta manera contribuir a que se consolidara la primera etapa de la insurrección iniciada con el asalto a los cuarteles; los objetivos más cercanos eran, por consiguiente, incentivar la movilización popular: "porque a los pueblos, cuando alcanzan las conquistas que han estado anhelando durante varias generaciones, no hay fuerza en el mundo capaz de arrebátarselas".

La primera ley —restitución de la Constitución de 1940— ha sido un punto de convergencia de muchas especulaciones y de juicios superficiales. Así, por ejemplo, el escritor francés René Dumont, en el libro **Cuba: intento de crítica constructiva**, afirma: "el programa democrático propugnado entonces, mezcla de 1789 y de socialismo utópico no era en absoluto el de una revolución socialista. Pretendía devolver la soberanía al pueblo y restablecer la Constitución" (pp. 37-38).

En primer lugar, la aplicación de esta ley estaba condicionada por un factor importante: "la primera ley revolucionaria devolvió al pueblo la soberanía", su vigencia debía ser, "en tanto el pueblo decidiese modificarla o cambiarla". Mientras tanto, según afirma Fidel Castro en "La Historia me Absolverá", "el movimiento revolucionario, como encarnación momentánea de esa soberanía, única fuente de poder legítimo, asumía todas las facultades que le son inherentes a ella", ya que "un gobierno aclamado por la masa de combatientes recibiría todas las atribuciones necesarias para proceder a la implantación efectiva de la voluntad popular y de la verdadera justicia".

No es casual que la primera ley fuera la restitución de la Constitución. Para el pueblo cualquier violentación de las estructuras que le oprimían debía ocurrir a partir de la vigencia de la Constitución de 1940 —nunca cumplida, siempre violada— que fue absolutamente eliminada por la dictadura. En otro sentido el marco legal de esta Constitución —sin lugar a dudas una de las más avanzadas de América latina— posibilitaba a los revolucionarios una interpretación con amplios márgenes para que su actuación les permitiera usarla como vehículo de sus objetivos primarios.

En realidad, un juicio más amplio sobre la Constitución de 1940, proyectada en la perspectiva de las restantes medidas que se tomarían inmediatamente, unido a la voluntad

y los ideales de los conductores revolucionarios y considerando también que el pueblo armado sería el protagonista principal, autoriza a pensar que las masas y su vanguardia en las condiciones de dependencia de Cuba, podían trascender los marcos limitados de la legalidad burguesa. Por eso es posible concluir que la Carta Fundamental sería superada en la misma medida que los ingredientes del proceso de la restitución eran de naturaleza contradictoria con sus objetivos.

Las leyes segunda, tercera y cuarta tenían un propósito eminentemente catalizador, tendiente a lograr el apoyo de los sectores sociales que ellas beneficiaban. Estas leyes eran reformas audaces, que muestran la comprensión por parte de su autor de tres importantes problemas que afectaban notablemente a los sectores referidos. Así, por ejemplo, la concesión de la propiedad a los colonos arrendatarios, aparceros y precaristas con menos de cinco caballerías de tierra, debía suscitar el apoyo de un amplio sector de los pequeños y medianos productores agrícolas que durante años vieron escamoteados sus intereses.

De las cinco leyes, la tercera —que otorga a los obreros el treinta por ciento de las utilidades— es la más original, ya que no hay otro programa político anterior en Cuba que contemple una medida similar. También ella expresa la concepción general de que las leyes sirvieran de vehículo inmediato de participación en el proceso revolucionario. Sin embargo, la concepción que la sustenta —evaluada críticamente— está viciada de una cuota alta de utopía que indica una ideología en evolución, con elementos de clase heterogéneos.

La quinta ley revolucionaria indicaba la confiscación retroactiva de todos los bienes malversados durante la historia cubana. Esto, en las circunstancias especiales de Cuba significaba la confiscación de cientos de millones de dólares, ya que fue natural para los gobernantes de la República la adquisición de bienes materiales —industrias, tierras, etc.— usufructuando las responsabilidades de gobierno. Esta ley enfrentaba, por ende, intereses vitales de la burguesía criolla.

Antes de concluir este breve examen de “La Historia me Absolverá”, debemos reproducir los proyectos que, según Fidel, “seguirían una vez terminada la contienda y previo estudio minucioso de su contenido y alcance, otra serie de leyes y medidas también fundamentales como la Reforma Agraria, la Reforma Integral de la Enseñanza y la nacionalización del trust eléctrico y el trust telefónico”. Estos aspectos eran: “El problema de la tierra, el problema de la industrialización, el problema de la vivienda, el problema del desempleo, el problema de la educación y el problema de la salud del pueblo”.

El resumen anterior evidencia la claridad del autor de “La Historia me Absolverá” sobre los principales aspectos económicos y sociales que afectaban al país. Otros juicios que indican lo que decimos son los siguientes: “el 85% de los pequeños agricultores cubanos está pagando renta y vive bajo la perenne amenaza del desalojo de sus parcelas. Más de la mitad de las mejores tierras de producción cultivadas, está en manos extranjeras. En Oriente, que es la provincia más ancha, las tierras de

la United Fruit Company y la West Indian unen la costa norte con la del sur. Hay doscientas mil familias campesinas que no tienen una vara de tierra donde sembrar unas viandas para sus hambrientos hijos, y, en cambio, permanecen sin cultivar en manos de poderosos intereses, cerca de trescientas mil caballerías de tierras productivas”. “Salvo unas cuantas industrias alimenticias, madereras y textiles, Cuba sigue siendo factoría productora de materia prima. Se exporta azúcar para importar caramelos, se exportan cueros para importar arados”.

Las ideas anteriores se mueven a nuestro parecer en dos niveles. Por un lado están las descripciones parciales de las consecuencias de la explotación imperialista; a partir de aquí podemos derivar que estos juicios, por ser insinuaciones muy meditadas por el autor, esconden una inteligencia —en desarrollo— de las causas más profundas del síndrome que se describe.

Por otra parte, es muy importante detenernos en la forma en que descompone Fidel Castro a la categoría **pueblo**: “Nosotros llamamos pueblo, si de lucha se trata, a los seiscientos mil cubanos que están sin trabajo deseando ganarse el pan honradamente, sin tener que emigrar de su patria en busca de sustento; a los quinientos mil obreros del campo que habitan en los bohíos miserables, que trabajan cuatro meses al año y pasan hambre el resto, compartiendo con sus hijos la miseria, que no tienen una pulgada de tierra para sembrar y cuya existencia debiera mover más a compasión si no hubiera tantos corazones de piedra; a los cuatrocientos mil obreros industriales y braceros, cuyos retiros todos, están desfalcados, cuyas conquistas les están arrebatando, cuyas viviendas son las infernales habitaciones de las cuarterías, cuyos salarios pasan de las manos del patrón a las del garrotero, cuyo futuro es la rebaja y el despido, cuya vida es el trabajo perenne y cuyo descanso es la tumba; a los cien mil agricultores pequeños que viven y mueren trabajando una tierra que no es suya; a los treinta mil maestros y profesores (...); a los veinte mil pequeños comerciantes (...); a los diez mil profesionales jóvenes (...), etc.”

Con esta definición clasista de la sociedad cubana se perfila más claramente el valor histórico de “La Historia me Absolverá” en tanto que deslinda con los sectores dominantes, sus partidos y programas políticos y como proyecto inicial de la revolución.

Fidel Castro se refirió a este documento en una entrevista hecha por el periodista norteamericano Lee Lockwood a fines de 1966: “Todo movimiento revolucionario en toda época histórica, se propone el mayor número de logros posibles. Nos hubiéramos estado engañando nosotros mismos si hubiéramos intentado en aquel momento hacer más de lo que hicimos. Mas, ningún problema implica la renuncia a nuevas etapas revolucionarias o nuevos objetivos que pudieran reemplazar a los antiguos. El programa inicial puede especificar los objetivos inmediatos de la Revolución, pero no todos los objetivos, no los objetivos últimos. Durante los años subsiguientes de prisión, de exilio, de guerra en las montañas, la alineación de fuerzas cambió tan extraordinariamente en favor de nuestro movi-

miento que pudimos fijar metas mucho más ambiciosas”.

CONCLUSIONES

Sin el ánimo de incluir todos los aspectos tratados aquí, intentaré ofrecer una síntesis de los elementos que, según nuestro punto de vista, definen al Moncada como el hecho histórico que da inicio al proceso revolucionario cubano:

1. el reencuentro con nuestra tradición de lucha armada y la definición lúcida de su validez en las condiciones de dominación contemporáneas;

2. el rechazo tajante de las ideas-mitos que frenaban la revolución: con el ejército o sin el ejército, pero nunca contra el ejército; el criterio de la acción revolucionaria sujeta únicamente a la organización previa de los trabajadores urbanos y a la lucha de sus conquistados como etapas de la concientización antiburguesa; la concepción que descansaba

en una supuesta “lucha de masas” respetando las pautas de la legalidad burguesa; las diversas tendencias de los partidos políticos burgueses: putsch, componenda, transacción, pactos, etc.

3. originó las condiciones políticas que facilitaron la estructuración de una nueva organización revolucionaria que sería el vehículo de la revolución en la siguiente etapa;

4. esclarece los propósitos de transformación y le da coherencia a la ideología de los revolucionarios de la Generación del Centenario;

5. como antecedente práctico sirvió de experiencia en las siguientes etapas del proceso insurreccional: preparación del desembarco y del aparato clandestino, etc. Además, fue un símbolo ético de gran valor para los nuevos combatientes y para el conjunto de las masas: entrega a la causa; coraje; dignidad; inteligencia;

6. Fidel Castro emergió como el dirigente reconocido; con el Moncada nació el líder de la Revolución.

La epopeya del Moncada

HACE 19 años tuvo lugar en la capital de Oriente, Santiago de Cuba, uno de los actos más audaces y heroicos de la larga y cruenta lucha por la libertad cubana: el asalto al Cuartel Moncada, segunda fortaleza militar de la tiranía batistiana en la isla de Cuba.

También ese 26 de julio de 1953 fue atacado el Cuartel de Bayamo, en el centro de la provincia de Oriente. Los dos ataques fueron los primeros episodios de una lucha armada que habría de continuarse tres años más tarde en la Sierra Maestra, prolongándose hasta alcanzar el triunfo definitivo de la revolución el primero de enero de 1959.

Los atacantes integraban un grupo de jóvenes que pertenecían en su mayoría a la masa obrera-estudiantil, pero había también entre ellos profesionales, campesinos, trabajadores por cuenta propia y algunos desempleados. Casi todos eran de procedencia “ortodoxa”, pero había otros que procedían de las filas de sectores opositoristas y algunos sin filiación política o revolucionaria definida anteriormente.

El siguiente es un extracto del relato del Comandante Jesús Montané Oropesa, (1) quien participó en el asalto a la posta tres del Moncada, uno de los primeros objetivos logrados en la operación:

“A las cuatro de la madrugada ya estábamos preparados los 133 hombres y dos mujeres que nos encontrábamos en la granja “Siboney”, a quince minutos de Santiago. Había llegado el momento de salir para atacar. Fidel, minutos antes, nos había ordenado ponernos los uniformes de militares, entregados las armas, y dado las instrucciones pertinentes.

Fidel pidió voluntarios para tomar la pos-

ta tres, y en honor a la verdad, todos dimos un paso adelante. Pero fue el doctor Castro quien escogió a los que integraríamos ese primer grupo: Carmelo Noa, de Artemisa; José Luis Tasende, obrero de una compañía productora de queso; Renato Guitart, de Oriente; Ramiro Valdés, un joven de Artemisa; José Suárez Blanco, líder del Movimiento en Pinar del Río, también de Artemisa; Pedro Marrero, obrero de una cervecería; y quien les habla.

Renato Guitart era el jefe de la “Operación Posta Tres”. A las 5 y 10 de la madrugada del 26 de julio partimos hacia nuestro objetivo. Quiero aclarar que no se distribuyeron cargo alguno ni galones de ninguna clase, ya que éstos —todos estábamos de acuerdo— había que ganárselos en la lucha. A las 5 y 20 minutos de la madrugada llegamos al cuartel “Moncada”.

En la primera máquina, en el asiento delantero, íbamos Pedro Marrero, al timón; yo en el medio, y Renato Guitart a mi derecha, en la ventanilla. Renato con un arma larga y una pistola, yo con un rifle calibre 22, y Marrero con una 45. En el asiento trasero, Noa, Tasende, Ramiro Valdés y Suárez Blanco, con armas largas y cortas distribuidas.

Nadie en el asalto utilizó armas blancas, pues, sencillamente, no las llevábamos. En la posta tres había dos soldados y un sargento. Nosotros parqueamos el auto a 10 o 15 metros de ese lugar. Como estábamos vestidos de militares saludamos a tres militares y ellos nos respondieron. Nos apeamos los siete del automóvil. Ramiro Valdés había quitado las cadenas que cerraban la entrada de las máquinas al cuartel, mientras que Marrero, Guitart, Noa, Tasende y Suárez Blanco desarmaban a la posta. Los dos soldados no ofrecieron resistencia, pero el sargento intentó tocar el timbre de alarma, a pesar de las advertencias que se le hicie-

(1) Actual miembro del Comité Central del Partido Comunista y Ministro de Comunicaciones.

ron y hubo necesidad de ultimarlos de un balazo.

La cara de sorpresa del sargento es tal, cuando cae herido, que le dice a Suárez Blanco: "Hijo, ¿qué has hecho?...", pues pensaba que era un compañero del Cuerpo. Pero aún herido, el sargento en su caída logra tocar el timbre de alarma, y con ello alerta al resto de la tropa. Casi simultáneamente el compañero Gustavo Arcos, tripulante del tercer auto, se le hace sospechoso a un militar y no le queda más remedio que tirarle. También un posta cosaco —móvil— que vigila los alrededores del cuartel, atrasado en el recorrido según los chequeos que habíamos realizado días antes, nos sorprendió y constituyó un factor importantísimo en el fracaso del asalto.

Después de desarmar a los dos soldados de la posta tres, que no hicieron resistencia, los llevamos encañonados hasta una barraca que está a la izquierda del cuartel. Después de entrar Suárez Blanco, Ramiro Valdés y yo logramos encañonar a más de 50 soldados que se encontraban a medio vestir y semidormidos. Entonces se origina un tiroteo y la gente restante del cuartel logra formar una resistencia.

Muchos compañeros que no conocían la topografía del "Moncada", equivocadamente entraron en las casas aledañas al cuartel, creyendo que eran parte de la fortaleza. Cuando teníamos encañonados al grupo de 50 soldados, comenzaron a tirarnos de distintos lugares. A esa hora ya estaba formado el tiroteo en el Palacio de Justicia, que había sido tomado por Raúl Castro, habiéndolo emplazado una ametralladora en la azotea, cumpliendo así las órdenes de su hermano Fidel. Abel Santamaria, conjuntamente con su hermana Haydée y Melba Hernández habían ocupado el hospital "Saturnino Lora".

En otras barracas del cuartel los soldados comenzaron a tirarle a los demás autos que se encontraban fuera del "Moncada". La resistencia duró hasta las 8 y 30 de la mañana del 26 de Julio. El tiroteo fue intensísimo. Desde el Palacio de Justicia y desde el hospital nuestros compañeros disparaban hacia el cuartel.

En todo momento el compañero Fidel se mantuvo dirigiendo el ataque manteniéndose siempre en zona de peligro. Hubo un instante en que, cuando ya se había dado el orden de retirada, una ráfaga de ametralladora nos pasó muy cerquita de nuestras cabezas, lanzándonos juntos al suelo.

Logré coger una máquina junto con Ciro Redondo y Suárez Blanco, y nos dirigimos a Siboney, según las instrucciones que habíamos recibido en caso de fracasar el ataque. Fidel también logró salir en otro auto, logrando más tarde agrupar alrededor de 20 compañeros en "Siboney", lugar donde nos conminó en un discurso a continuar la lucha, y animados por sus palabras nos dirigimos hacia las lomas de "Siboney" para allí continuar la resistencia armada.

De ese grupo, entre otros, recuerdo a los siguientes compañeros: Almeida, Oscar Alcalde, Mario Chanes, Francisco González, Eduardo Montano, Jaime Costa, Armando Mestre —muerto en el "Granma"— Israel Tápanes, Reynaldo Benítez, Vero, Lazo y otros más hasta el número de 20 justamente.

De los siete que íbamos en la primera máquina que asaltó la posta tres, murieron cuatro: Noa, Guitart, Tasende y Marrero. Guitart, fue muerto en combate. A Tasende lo vi herido en una pierna durante la lucha y después fue asesinado como la mayoría de nuestros compañeros.

¿QUE PASO EN SIBONEY?

El grupo de veinte que habíamos logrado reunirnos estuvimos dándole vueltas a las lomas aledañas a Santiago durante los días comprendidos entre el 26 y 29 de julio en que Fidel nos ordenó a Tápanes y a mí que bajáramos a Santiago para acompañar a tres heridos, y además porque estábamos sumamente debilitados, y sin fuerza alguna para proseguir en los montes.

Cuando bajamos, Tápanes, los tres heridos y yo, nos detiene un grupo de militares y nos conducen al cuartel "Moncada" donde nos recibe una jauría de más de 50 soldados, cercándonos y dándonos de patadas e insultándonos. Reynaldo Benítez fue también víctima de esas vejaciones.

Mientras, Fidel y los demás se internaban en los montes.

SADICAS AMENAZAS

Se me acercó un sargento con los guantes ensangrentados y una navaja barbera amenazándome con extirparme los testículos si no hablaba. Si decía que había combatido me iban a matar irremediamente. No podía revelar el nombre de Fidel, para resguardarlo —al igual que a los demás—, ya que esa era la consigna hasta tanto no transcurrieran seis u ocho horas: el tiempo necesario para que lograran escapar. Me dieron una bofetada y me hicieron una herida muy leve con la navaja, aplicándoseme más bien torturas mentales, pero siempre negué mi participación en el ataque (hasta el día del juicio), con lo que logré salvar la vida. Me preguntaron si yo aspiraba a ser coronel, y le respondí que en la "General Motors" ganaba más que un coronel. Chaviano le dijo al capitán Lavastida, refiriéndose a mi persona: "Este tiene tipo de profesor... Es un intelectual... Déjalo, que es incapaz de hacerle daño a nadie... ¡No hace falta fusilarlo!..."

Estuve preso en el "Moncada" hasta el primero de agosto, fecha en que fui trasladado para el vivac de Santiago de Cuba, llegando allí Fidel dos días después. De ese lugar nos trasladaron para la cárcel de Boniato, hasta el 1º de octubre en que fuimos enviados a Isla de Pinos.

Fue en Isla de Pinos donde se funda la academia ideológica "Abel Santamaria" para instruir a los 29 compañeros presos que allí nos encontrábamos, y fue Fidel quien personalmente nos instruyó.

¿POR QUE SE ESCOGIO EL MONCADA?

En el año 1953, cuando se produjo el ataque al cuartel "Moncada" muchos se preguntaron por qué no se escogió el antiguo campamento de Columbia u otra fortaleza habanera.

Se escogió el "Moncada" porque era la segunda fortaleza militar de la Isla. Esti-

mábamos que el tomar una posición de esa naturaleza haría un gran impacto en las huestes gobiernistas; además de que ello crearía confianza en el pueblo. Los efectos psicológicos de la toma del "Moncada" hubieran podido muy bien ser el comienzo del derrocamiento de la dictadura. Pensábamos hacernos fuertes en Oriente para después continuar la lucha en las demás provincias.

FINALIDAD DEL ATAQUE

Fuimos al "Moncada" y a Bayamo no por el mero hecho de cambiar un régimen por otro, sino para liberar a Cuba de los lastres coloniales de los cincuenta años de vida republicana, como la politiquería, el latrocinio y el nepotismo, e implantar en el país un régimen que transformaría radicalmente nuestro sistema en lo económico, político y social. Y la prueba está en lo que hemos hecho después, ahora, tal como lo habíamos prometido. Llevábamos en la mano un rifle, pero en la otra el programa de la Revolución, que fue redactado por Raúl Gómez García, bajo la dirección de Fidel.

EXTRACCION REVOLUCIONARIA

Al fracasar el intento de insurrección del profesor García Bárceñas el 5 de abril de 1953, en el cual no participamos, decidimos hacer la Revolución dirigidos por la nueva generación, la que posteriormente se ha conocido como la del "Centenario del Apóstol".

Llegamos a la conclusión de que los partidos políticos existentes —todos— y sus líderes —todos— estaban incapacitados para vertebrar un movimiento insurreccional que eliminara la dictadura. Y al efecto, con fondos recaudados de nuestros propios ahorros, preparamos y organizamos el Movimiento 26 DE JULIO.

En la manifestación del 28 de enero de 1953 logramos reunir seiscientos compañeros que iban perfectamente organizados, como pudieron ver los habaneros en aquella memorable fecha. En su gran mayoría eran miembros del Partido Ortodoxo y del estudiantado cubano. Por ejemplo, en la Universidad de La Habana se incorporaron al Movimiento Pedro Miret y Lester Rodríguez, por cuyos conductos pudimos entrenar en armas a los hombres en la Universidad.

FUE IDEA DE FIDEL

Fue a Fidel a quien se le ocurrió atacar en Oriente. Nuestro Movimiento estaba dividido en dos grupos. Uno estaba ocupado de la parte militar —que eran los únicos que sabían el lugar, hora y fecha del ataque—; y el otro que estaba encargado de las tareas financieras, al cual yo pertenecía.

LA SALIDA A ORIENTE

En 17 automóviles salimos para Oriente. Yo iba en un carro de mi propiedad con cinco compañeros más. Entre ellos, Gabriel Gil, quien después fuera expedicionario del "Granma".

En Oriente, Renato Guitart era el único que sabía lo que se estaba preparando. Ciento sesenta y cinco era el número de hombres que estábamos preparando para el ata-

que. Ciento treinta y cinco atacaríamos al "Moncada". Y treinta al cuartel de Bayamo.

Unos nos trasladamos en autos; otros en ómnibus, y los restantes en tren. Entre estos últimos mi actual esposa, Melba Hernández, y Haydée Santamaría, señora de nuestro compañero el doctor Armando Hart. Las dos únicas mujeres que tomaron parte en la acción.

Todas las armas fueron trasladadas por tren. Yo salí de La Habana el 24 de julio y llegué a Santiago el día 25 en horas de la mañana.

Fidel salió antes que yo en un auto también. A la una de la madrugada ya nos encontrábamos reunidos en la granja "Siboney" (a quince minutos del "Moncada") los ciento treinta y cinco hombres que atacaríamos el cuartel. Fidel ordenó a todos que se fueran a dormir, menos el grupo que se quedó haciendo posta en la granja.

Al comandante Abelardo Crespo, le tocó hacer guardia con una ametralladora argentina, que era la única que teníamos. Las armas con que contábamos eran muy malas y viejas: rifles calibre 22, escopetas calibre 12, pistolas 38 y 45, un M-1, y una ametralladora como antes dije.

Las telas para los trajes se compraron en el propio cuartel de San Ambrosio, a través de un compañero que pertenecía al Ejército. Muchos de los trajes se hicieron en la casa de Melba Hernández, el Jovellán 107. (Una de las dos casas donde comenzó el Movimiento 26 de Julio. La otra fue la de Abel Santamaría, en 25 y 0, las que frecuentaba mucho el doctor Fidel Castro Ruz).

Las armas las adquirimos casi todos en La Habana, en armerías. Aquí en la capital, antes de salir, hacíamos prácticas de tiro en el Club de Cazadores, y en una finca de Nueva Paz.

ORGANIZACION DEL ATAQUE

Al compañero Abel Santamaría se le ordenó que tomara el Hospital Civil "Saturnino Lora", en compañía de otros, entre ellos las dos únicas mujeres que había. Fidel estaba muy consciente de que el segundo de a bordo en el Movimiento era Abel, y quería salvaguardarlo del peligro; y en el caso de que él —Fidel— muriera, Abel pudiera continuar dirigiendo la acción. A Raúl Castro le ordenaron tomar el Palacio de Justicia, que está a un costado del "Moncada" (el Hospital está enfrente), y que emplazara una ametralladora en la azotea.

¿POR QUE SE ESCOGIO EL DIA 26?

Se escogió dicha fecha por ser cuando se celebran los tradicionales carnavales santiagueros, y que es natural que haya mucho bullicio y aglomeración de personas, por lo cual pasaríamos inadvertidos un grupo de ciento treinta y cinco hombres por la ciudad santiaguera, y porque además no se darían cuenta de esa cantidad de hombres alojados en hoteles, en casas y en la granja "Siboney". Además, en esos festejos se tiraban cohetes, voladores, etcétera, lo cual sería un factor a favor de nosotros.

Sólo ocho de nuestros hombres murieron en combate. Los demás en número de ochenta —y más— fueron asesinados".